

PRESENTACIÓN AL FRAGMENTO FINAL DE *TORCUATO*, DE JUAN EMAR

Pablo Brodsky Baudet
pabrotsky@hotmail.com

En noviembre de 1911, Álvaro Yáñez Bianchi, más conocido por su seudónimo literario de Juan Emar, resuelve transcribir en su cuaderno un texto que está escribiendo en unas hojas sueltas, donde habla de su relación con Marta Gaete. El texto es un manuscrito sin título, conocido como *Torcuato* o *Diario de Torcuato*, que tiene la estructura convencional de un diario de vida, en el que se ficciona “un tramo temprano de la vida de Pilo Yáñez y su relación con Marta Albornoz, que en el relato del diario se enmascaran bajo los nombres de Torcuato y Ofelia -u Ofelita-, y se narran las cuitas del joven enamorado y engañado...”¹. Se trata de su primera ficción, firmada por “Pilo”, y “cuyo único mérito es el de haber sido escritas con toda sinceridad”, según expresa su autor en una suerte de introducción fechada el 17 de mayo de ese año. El autor le confiesa a “Martita” que tuvo la intención “de escribir, tal como lo he hecho, con esta parte de mi vida, toda mi vida íntegra, desde el día de mi nacimiento hasta el día de hoy. Pero luego vi que era ésta una obra superior a mis fuerzas y que me quitaría un tiempo muy grande que debería dedicar a mis estudios”. Casi seis meses después de escribir la introducción, Álvaro retoma el manuscrito para volcarlo en unas páginas independientes, formando así su primicial cuento. Además de tratarse de su primera ficción, es el primer relato donde su autor manifiesta la voluntad de una escritura totalizante.

La historia tiene fecha de inicio el 25 de enero de 1911, es decir, cuando Pilo tenía 17 años. Ese día Torcuato va a Lo Herrera y termina el diario con “todos mis pensamientos, penas y alegrías durante este tiempo”. Su idea es entregárselo a Ofelia, por lo que, dos días después, fue a su casa y le pasó el diario. Su lectura modificó completamente los sentimientos que le profesaba a Torcuato: “... ese diario iba a

¹ Yáñez Bianchi, Álvaro, *M(i) V(ida). Diarios (1911-1917)*. Santiago: Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos y LOM Ediciones, 2006. Ver la *Introducción* de Tomás Harris, Daniela Schütte G. y Pedro Pablo Zegers B., p. 9. A pesar de nombrarse a Marta Albornoz como referente del personaje femenino, se trata de Marta Gaete.

hacer renacer en el corazón de Ofelia todo el amor que en otro tiempo le había tenido a ese pobre que vivía por ella”, dice el narrador. A pesar de lo anterior, una vez que ella partió de vacaciones a Concón, Torcuato se siente desesperado por la lejanía de su amada y sólo puede anotar en su diario que se está triste y perdido, iniciando así un relato acerca de la vida del protagonista con sus temores, fantasías y delirios.

Al igual que las promesas de cambio que Álvaro se hizo a sí mismo cuando emprendió su primer viaje a Europa en 1909, el protagonista de *Torcuato* se promete “cambiar radicalmente toda su vida, de olvidar todas las frivolidades y goces de la juventud, para entregarse a una vida de estudio, de aprendizaje y laboriosidad, a una vida modelo de costumbres y conducta”. Durante el viaje a Europa, la imagen que su amada Calucha pudiese tener de él, gatilló su necesidad de cambio. En *Torcuato* es la imagen que pudiese tener Ofelia la que origina esa necesidad. Pero, al igual que antes, el narrador no puede cumplir esa promesa “sagrada y de honor”: “Una debilidad física, una repulsión instintiva a todo esfuerzo, se apoderó de él...”, y le faltaron fuerzas y energías para ser digno de Ofelia. Pero también había otro sueño que colmaba a Torcuato: el deseo “de rebelarse ante la familia, su sociedad, su medio ambiente, para causar un desbarajuste horrible, para turbar cuanta felicidad lo rodeaba, para labrar su inevitable desgracia, pero en cambio, para vivir!”. Salir de la mediocridad, de las tardes aburridas y tristes, no vivir una vida tediosa y doméstica, aunque sea a costa de destruir todo lo que le rodeaba e, incluso, de la muerte. Porque Torcuato prefiere no vivir a dejarse llevar por una vida mezquina e insignificante, al punto de pensar en suicidarse en algún departamento lúgubre de París....

Durante esos años, Álvaro se reunía con sus hermanas y primos en la casa familiar para leer y disfrutar de las aventuras de sus héroes literarios. Uno de los autores recomendados por los padres de Pilo era Dickens, “que uno de mis primos nos leía en voz alta con tono electrificante. ¡Cuánto placer nos proporcionó David Copperfield! Admirábamos a Inés, llorábamos con Dora, la mujer-niña, y seguíamos extasiados la trama y el ambiente (...). Otra reliquia pasó a ser el *Werther* de Goethe, muy en boga en aquel tiempo”². Probablemente *Torcuato* y su historia de amor trágico se inspira en *Romeo y Julieta*, de William Shakespeare, así como en la lectura colectiva e impresionante de las cuitas del personaje del autor alemán y en los *Cuentos extraordinarios*, de Edgar Allan Poe.

El cuento termina poco después de que Torcuato, en sus ensoñaciones, se ve “solo, a la luz de una vela, en medio de un imponente silencio y curvado sobre su mesa”, escribiendo su último adiós a Ofelia. Luego se toma el veneno que lo llevará a la muerte. “Oh! Sueños de loco -exclama el narrador-. En su delirio creía que en el momento de dar fin a su vida, iba a estar recordando trozos de una novela. Pero, en

² Yáñez, María Flora, *Historia de mi vida*. Santiago: Editorial Nascimento, 1980, 88.

fin, su deseo lo cumplía en su fantasía, horas más tarde, cuando los imaginarios amigos...”. Así termina *Torcuato* en la versión publicada por DIBAM y LOM Ediciones, un texto que los editores encontraron en un cuaderno escolar que la Fundación Juan Emar le donó a la Biblioteca Nacional de Chile. A continuación presentamos las once hojas tamaño oficio, escritas por un solo lado con lápiz grafito negro, que conforman la última parte de este cuento, descubiertas casual y recientemente en un baúl que posee la Fundación. Estas páginas que dan término a *Torcuato* tampoco significan un final que cierre la historia relatada sino, al contrario, todo continúa tan abierto como en la primera versión. Sólo que ahora tiene un punto que puede considerarse como punto final. Emar nunca más volvió sobre este texto.

CONTINUACIÓN DE *TORCUATO*

...horas más tarde, cuando los imaginarios amigos llegaban a su casa, lo encontraban tendido en el suelo, y encontraban cumplida su última esperanza. Pero, en vez de verse precipitado a los abismos del infierno y perseguido por la satánica cólera de Belzebú, o andando a tientas por el frío y húmedo limbo, o entonando melancólicas y dulces romanzas ante la celestial a la vez que imponente figura de Dios todopoderoso, bueno y fausto y santo, se veía tras días después de su suicidio, nuevamente en la tierra, otra vez vivo, perplejo, trastornado, atónito ante tan singular milagro, cuya única explicación era que el veneno por esta o por cualquier otra causa, no había producido los efectos buscados. Y despertaba en su tumba, ahogado casi dentro del estrecho y helado cajón y en ese estado de tristeza y ofuscamiento que da un brusco despertar después de un sueño profundo. ¡Al limbo me mandaron, exclamó, sin embargo me bauticé! No sabe cómo rompió el cajón, luego la tumba y abriéndose paso por entre lozas rotas y malezas, se encontró súbitamente en un triste y grandioso cementerio. La suave brisa de una noche de verano acarició dulcemente su rostro. Sintió que las fuerzas le faltaron, los oídos le simbraban (*sic.*) y espantado ante lo sucedido, quiso gritar, pero el grito se ahogó en su garganta y él comprendió entonces que era inútil llamar: a un lado, innumerables filas de blancas cruces de mármol, alumbradas por los plateados rasgos de la luna, se perdían entre altos y melancólicos cipreses que un suave viento mecía dulcemente. Ni un ser viviente había en ese lugar; nadie habría podido oírle, pues era uno de los tantos ciudadanos del reino de los muertos. La hipótesis de que el veneno no obró, no podía retenerla por largo rato en su mente despavorida, y hubo momentos en que creyó que realmente había muerto y que ese había sido su predestinación, de despertar por un instante todas las noches para luego volver a verse encerrado en su estrecha vivienda. Y lo creyó realmente así, e invadido por un terror pánico, echó a correr sin dirección, siguiendo por largas y silenciosas avenidas de cipreses, luego saltando por entre las tumbas y viendo en las serenas e iguales cruces que se levantaban airosas del suelo y en los tétricos y pesados mausoleos, miles de calaveras fantasmas que le cerraban

el paso, que brincaban tras de él, que se precipitaban furiosas a sus talones, exhalando gritos desesperados que él oía a pesar de la fuga desesperada. ¡¡Es hora de que vuelvas a tu sepulcro, oh alma rebelde, para y ve a enterrarte en tu podrido y asqueroso cajón; no huyas que es inútil pues no te escaparás de este recinto, porque tú has muerto, has muerto para siempre; y este es tu martirio, de creerte aún con vida!! Sintió un agudo dolor al costado, le pareció que su corazón iba a estallar y que la cabeza se le partía, y sin saber cómo, se desplomó, cayendo cuan largo era a los pies de un gótico mausoleo. ¿Dónde estoy? ¿He muerto? ¿Qué pasa? ¿Y esos fantasmas que me perseguían? ¿Y esos gritos que me llamaban? Pero... ¡qué!... ¿estoy vivo? Una lejana, dudosa lucecita vino a turbar sus locas reflexiones que en balde se hacía para darse cuenta de ese misterio en que se veía envuelto. Creyó que era Satanás en persona que lo buscaba, pero cuando estuvo más sereno pudo cerciorarse que era un pobre sepulturero que a la luz de su linterna vagaba por esos tristes lugares. ¿Es posible, se dijo, que un espíritu como yo pueda ver a un ser de carne y hueso tal como los veía cuando yo pertenecía a esa serie de carniceros y hueseros? ¡No, no es posible! ¡Debo estar vivo! Y para saberlo a punto fijo, y habiendo recobrado un poco sus 5 sentidos, se dirigió hacia el sepulturero con algún temor de que este no lo viera y pasara al través de él, sin sentir ni presumir que atravesaba el alma de un cristiano. Por si acaso, se arrodilló delante de una tumba y llevándose las manos a la cara, mientras con un ojo observaba los pasos del sepulturero, fingió llorar. Este, con la linterna en la mano, pasó a su lado lentamente y en el momento en que un frío glacial helaba su corazón al ver que él no se veía, oyó una voz *cascaerriente* que le decía: ¡Hola, señor, qué hace Ud. a estas horas aquí! Un lejano reloj dio la 12 de la noche. Una alegría loca se apoderó de él, quiso levantarse y abrazar a ese pobre viejo, pero un rayo de buen sentido lo detuvo y queriendo ocultar su nuevo origen, contestó con suma melancolía: ¡A estas horas, amigo, lloro a un ser que se murió! Vaya que ha de ser grande su congoja, contestó el sepulturero, cuando a la luz de la noche está Ud. aún llorando a ese ser.

Convencido de que estaba vivo y aunque la muerte lo había rechazado, sintió que todas sus amarguras habían muerto como él lo estaba ante el mundo y entonces después de muchos años se consideró por primera vez, feliz. En su sueño, Torcuato, había llegado a uno de sus más grandes ideales: estar muerto para todos, haber nacido de nuevo y sentirse al fin libre, completamente libre! Y soñaba aquí en una vida divina en lo más grande y dichoso que concebía en su pensamiento que le sucediera una aventura así. Y nuevamente entonces dejaba correr a su imaginación, hasta encontrarse con alguna fortuna y emprendiendo entonces un viaje alrededor del mundo, cambiando de nombre en todas partes y pasando las aventuras más extraordinarias y deliciosas que por su número infinito sería imposible contar aquí. Dos o tres años después, disfrazado lo más que podía y cuando ya su recuerdo iba muriendo aún en las personas que más lo quisieron, volvió a su país. Llegó de noche y después de dejar su equipaje en un hotel bajo cualquier nombre, se dirigió a la calle de L.A. Y sentía entonces lo que sería una sensación tan sobrehumana, como la de volver a su tierra sin saber si aún vivían todos, sin saber lo que era de su Ofelita y listo para toda

sorpresa por fuerte que fuera. Reinaba en la calle en que pasó toda su infancia un silencio muy grande, sólo interrumpido de vez en cuando por algún vehículo que pasaba, y a la luz de los faroles pudo distinguir la casa de Ofelia y al frente la que fue suya un tiempo. Empezaba aquí la parte más encantadora de su sueño, al averiguar lo que había sido de todas las personas queridas y él en su destino profundo gozaba al imaginar esa impresión de volver a pisar el suelo de su hogar. Pero luego quería no darse a conocer y paseándose lentamente por la sombría calle de SA veía salir de la casa de ella un muchacho de unos 8 años que a la luz del primer farol reconoció en él al sobrinito de Ofelia que había dejado contando apenas dos o tres abuelos. Le preguntaba por ella. Está casada ya! ¿Con quién? Con tal. Y sollozando entonces, Torcuato se alejaba solitario, sintiendo renacer en él el amor de otros tiempos y sintiendo que los sufrimientos de los celos volverían a atormentarlo. En fin, miles, millones de fines le daba a tan estafalaria historia que ya concluía con una desesperación horrible que lo tomaba y lo volvía loco, ya en una entrevista con Ofelia, digna del más apasionado, y después de la cual volvían a quererse y ella abandonaba su hogar, se arrancaba con él a recorrer nuevos mundos. ¿Cuántas historias como estas cruzaron por la mente de Torcuato esa noche en que solo en su tranquila casa, lloraba la desventura de tener que hacer una vida tan monótona? Infinitas; y después de todas sentía la imposibilidad de que su vida tomara otro rumbo siquiera algo más interesante, porque veía que para siempre los días seguirían deslizándose “hoy como ayer, mañana como hoy y siempre igual”. De repente, crujió la puerta de calle, oyó pasos y vio desde esos mundos imposibles a los que su imaginación lo había trasladado, a Oscar que volvía. “¡Ya está, ya está, basta de locuras tipo insensato!”, se gritó, vamos a hablar con Oscar sobre el biógrafo y su prenda y sobre lo que se hará mañana. Paren sueños de demente en los confines de lo imposible y sigamos tranquilos y sosegados al medio que nos rodea!”. Minutos después O y T hablaban sobre un banquete que le darían a Enzo y T no pudo menos que ver lo inútil que era ese tanto soñar, pues aunque la imaginación lo llevara a la mansión real, sin embargo en su vida seguiría lo mismo, ante “un cielo gris y un horizonte eterno”.

Febrero....

Querido Ruperto: ¡Dios mío que esas tierras de Malloco te retienen largo tiempo! Según lo que me prometiste ya deberías estar aquí estudiando conmigo los exámenes para Marzo, pero estás tan convencido que el paraíso se ha trasladado a esa Peña de Flor que creo que será inútil que te repita una y mil veces que es (en) Santiago donde se veranea en regla y en pleno y verdadero verano. Tú, según sé, de la mañana a la noche paseas por todas partes, ya con amigos, luego con amigas, ahora a caballo, después en coche y es claro, clarísimo que viendo tu vida allá y pensando que aquí el verano se resume a estudiar por las mañanas, a almorzar solo, a seguir estudiando por las tardes, y a ir en las noches a paseos desiertos, los deseos de verte arrancan de ti. Pero te equivocas animal: tú estarías como yo, viviendo solo en Santiago, fuera de muchos amigos que nunca faltan, si supieras de qué poesía se rodea la vida al verse uno con plena libertad, gozando de la quietud más completa, no teniendo relaciones sino con otros chiquillos que como uno pasan solos el verano, sin hablar más que con personas jóvenes y llenas del mismo romanticismo y de los

mismos gustos que da a todos la juventud, si supieras, ¡si comprendieras! todo eso, no dudo que ya estarías aquí y con el más profundo desprecio mirarías como yo mismo, los paseos y la vida de balnearios. Ayudado de cuanto me proporciona la imaginación me veo, al hacer esta vida tan distinta de la de siempre, realizando uno de mis mayores ideales y cuando ya en la tarde vuelvo a mi casa, creo que vuelvo a mi taller de pintura de París, y cuando paso horas de horas delante de una pizarra tratando, en medio de un sueño y aburrimiento sin límites, de resolver un problema, me imagino que estoy ante una tela imprimiendo en ella lo que ha ideado mi talento de pintor. ¡Talento, pintor! Ahí tienes dos palabras imaginarias e imposibles pero que sin embargo alimentan mis sueños acostumbrados. Sigue mis consejos Ruperto y busca los goces, lejos de lo material, que aunque muchas veces tales goces son penas, dejan un recuerdo inolvidable³. Creerás por todo lo que te he dicho que hoy por hoy me encuentro felicísimo; pero desgraciadamente estoy muy lejos de estarlo. He prometido mucho, tú sabes a quien, los días pasan y ni una sola promesa la cumplo, pues me llevo a toda hora soñando y soñando, y ese amor tan grande, en vez de servirme de estímulo, me sirve solamente para tenerme triste y desesperado. ¡Yo no sé! Mi vida ahora es una mezcla inexplicable; no sé si soy feliz, si desgraciado. Creo que la solución del problema es que yo estoy cada día más triste, cada día más desesperado y que la vida que hacemos es ideal. Pero lo que predomina en mí es la desesperación de no cumplir mi deber, aunque sienta el consuelo de hacer cuanto puedo. Podría estar en Viña, paseando como tú en Peñaflores, pero siquiera en algo he de mantener mi palabra al haberle prometido a ella que iba a ser tan estudioso y dedicado y perseverante. Y es por eso que estudio los exámenes para marzo, ya que todo lo grande de mi promesa, me encuentro sin fuerzas para realizarlo. ¡No saldré de Santiago! La vida de libertad de aquí es mejor que cualquier otra, y paseando día y noche creo que la conciencia me mataría al mostrarme que en nada cumplo mi juramento a una persona ideal.

¡Qué de cosas tétricas te he estado hablando, Dios mío! Pasaré a contarte una aventura notable, digna de ilustrar las memorias (si acaso las hicieran) de tres jóvenes que viven solos. Se trata de un banquete que le dimos hace poco a Enzo, el escribiente de mi papá. La comida fue en su honor y a la memoria de Edgardo Poe, el escritor favorito de nosotros y cuyos “cuentos extraordinarios” (leímos) en repetidas ocasiones, Enzo libro en mano, nos los leía entre plato y plato, en medio de un elocuente silencio. ¡Qué comidas tan

³ La página termina en “... que aunque”. Luego hay una línea trazada con lápiz que cruza la hoja horizontalmente y un texto que dice: “Goce de Malloco es material – El mío, melancólico (comparación: gocé éste). Lo que se me figura mi vida = París, *quartier latin* me acompaña a llevar mis sueños de vida ideal – París, pintor. Aprende de mí! Puedo pasear (Viña) pero donde hay poesía y deber... Hoy por hoy, nada ante el deber, porque soy un infame neurasténico y para salvar mi honor quiero siquiera sacrificarme al tener que hacer todos los días algo que me mata: estudiar. Fuera de aquí, sería la conciencia que me mataría. Concluyamos cosas tétricas, el banquete tuyo. Hélas!! ¡Ven! H. Firmado T. a R.”. (Torcuato a Ruperto).

intelectuales hemos tenido algunas veces, y qué contraste hacían con las más frecuentes, comidas más para chanchos que para gente! Seis o cinco muchachos, la cabeza gacha, y de expresión pensativa, rodean la mesa de un comedor mientras Enzo erguido sobre la silla hace vibrar las notas de su voz (sigue una línea ilegible en la parte alta de la hoja destruida por el tiempo) exclamé, no disimuléis más tiempo.

¡Oh, Demonios! Ya me había pasado a otra cosa. Voy al banquete: el otro día Enzo nos había anunciado que vendría a comer con nosotros. Estando Julián, Oscar, Felipe, Helio y yo sin nada que hacer en la casa, nos vino la idea de arreglar la mesa con profusión para causarle una sorpresa a nuestro invitado. Aunque fue nuestro estreno en la materia, tuvimos un éxito completo y te aseguro que jamás festejado alguno se ha sentado en una mesa más lujosa y artística. Las 6 luces de la lámpara estaban apenas prendidas y esta escasa luz junto con las hileras de velas puestas a lo largo de la mesa y que llenaban el comedor de un resplandor rojo y débil, le daban al conjunto un tinte de una escena de la edad media, de esas que vemos en las óperas y dramas antiguos. No menos de 15 copas de colores variados tenía cada asiento y al centro se veían jarros, botellas, estatuas traídas del salón, flores, bandejas, chiches, fuentes y cuanta cosa encontramos a mano, todo eso arreglado con un gusto exquisito. Al otro extremo de la mesa y cerrando el panorama tan hermoso que se extendía sobre ella, habíamos colocado tres enormes floreros sobre los cuales pusimos unos pompones de papeles de color. ¡Oh espectáculo grandioso! Enzo ocupó la cabecera y antes de dirigirnos la palabra leyó anunciando y halagando el regio menú que tenía ante él. Después fueron viniendo uno tras otro los exquisitos platos y por último, ya a los postres, muy disimuladamente, Julián con su cigarrillo prendió un paquete de cohetes que previamente habíamos colocado en el respaldo de la silla de Enzo y que empezó a reventar con detonaciones furiosas. Oh! Habría querido que te hubieras encontrado presente para que todavía te estuvieras riendo al recordar la cara de espanto que puso Enzo al sentir sobre su propia cabeza esos balazos inesperados. La conversación que no decayó ni un instante, recorrió cuantos temas se hayan creado en el mundo y ¡a cual de todos, Ruperto, desplegó con más entusiasmo sus dotes de narrador!

Dispensa... pero ahí me traen el té y como tengo bastante hambre voy a ir a tomármelo poniendo fin a esta monumental obra de la literatura moderna. Antes, déjame gritarte a toda voz lo mismo de siempre: ¡Ven, ven, imbécil, si quieres gozar del Verano! (firma) Torcuato.

Una necesidad inesperada hizo que Torcuato fuera a Viña del Mar, a ese balneario que tanto despreciaba. Una mañana, Don Juan, tío de él y de Julián, llegó con un telegrama en que la tía Carmela pedía que alguno de sus sobrinos fuera a esperarla a Los Andes o a Llai-Llai (*sic.*) pues venía desde Buenos Aires solamente con una niña y no se atrevía a llegar tan sola a Viña del Mar. Torcuato se ofreció, y en la tarde de ese día tomó el expreso a Valparaíso con intenciones de bajarse en Llai-Llai, encontrarse con su tía y acompañarla hasta Viña. Siempre recordó Torcuato este viajecito como una de las aventuras interesantes de ese mes en que vivió solo, y aquel día lo aceptó con gusto pues, ya

que se había presentado la ocasión, deseó ver a su familia, ver la vida (ilegible) social que se hacía allá, y ver también a su tía, una señora de gran inteligencia e intelectualismo y de una naturaleza apasionada hasta la exageración. Además, creyó muy posible una visita a Ofelia que veraneaba tan cerca de donde él iba y, por otro lado, un viaje lo interesaba por sólo ser un viaje. Tomó el expreso de la tarde y de noche llegó a Llai-Llai, donde supo que la combinación de Argentina llegaba a Las Vegas, una miserable estacioncilla situada a unos cuantos kilómetros más lejos⁴.

De nuevo volvió a su vida querida y los días siguieron sucediéndose unos tras otros sin gran diferencia, primero estudiando y aburriéndose, y después divirtiéndose con sus amigos, hasta que un serio accidente vino a cambiar la paz de las cosas. Una noche, como a la 1, cuando Oscar y Torcuato dormían tranquilamente, y antes de que Julián llegara de sus acostumbradas correrías, la melancólica y triste campana de la bomba anunció que había fuego en la ciudad. Rápido cual un enano de cuerda, Oscar saltó de la cama, se caló como pudo su uniforme y corrió al incendio, dejando solo a Torcuato en ese caserón silencioso, cuya tranquilidad fue solamente turbada por un momento al paso de las bombas que estremecieron vidrios y murallas. Luego reinó nuevamente el silencio y Torcuato se durmió. Pero una o dos horas más tarde un bombero de la compañía de Oscar llamó con recios golpes a la ventana de Torcuato. Venía a anunciarle que Oscar durante el incendio había sufrido un accidente hiriéndose la mano izquierda, y que pedía que apenas aclarara le llevaran unos papeles de importancia a uno de sus jefes del ministerio pues él no podía hacerlo.

⁴ Al igual que la página anterior, una línea cruza la página horizontalmente y, bajo ella, está escrito el siguiente texto: “Hasta tener carta (ilegible). Las Vegas. Paisaje (triste, melancólico). Sueños: ¡Oh, viajes! Cómo los envidiaba. Es en viaje que hay verdaderas sensaciones: de encontrarse lejos, de conocer, de vivir. Soñaba con un viaje con Of. por Europa. Tía C., no llega. Llegada a Viña (Impresión al ver familia. Separado por un abismo. El no cumplir promesa, lo ponía triste y le hacía creer que era un infame. Contraste con su padre. Se persuade de que siempre será incapaz: todos los proyectos dentro de los tiempos han fracasado (numerarlos y contarlos). Está en su naturaleza de querer hacer y no poder hacer nunca nada. ¡Es tonto! Día siguiente (llegada de T., Co y Pi). Vuelta”.